

HOMENAJE A RAFAEL SEGOVIA

Ana Covarrubias

30 de octubre de 2018

Conocí al profesor Segovia, en persona, en mi entrevista como parte del concurso para ingresar al Colegio como estudiante de Relaciones Internacionales. Cuando le comenté a una alumna de la generación anterior a la mía que Segovia me entrevistaría me respondió que la entrevista sería, por decir lo menos, dura y difícil. Llegué aterrada a la entrevista, como cualquier aspirante, o quizá más. Segovia dirigía el sínodo y fue el primero en preguntar: me preguntó sobre el poder, los partidos políticos y la educación socialista de Cárdenas. Algo habré dicho mal porque recuerdo que en algún momento soltó la carcajada.

Como estudiante, tuve la fortuna de tener al profesor Segovia en dos materias: El gobierno y el proceso político en México e Historia de Europa. Ante este público, sobra mencionar la erudición de Rafael Segovia. Pero recuerdo bien que en alguna de nuestras clases de El gobierno y el proceso político en México, cuando analizábamos la Revolución Mexicana, creo que villistas y zapatistas, el profesor leyó la descripción de algún suceso, y con ello terminó la clase. Al momento que el profesor calló, el compañero que estaba sentado junto a mí volteó para decirme: “tengo ganas de aplaudir”. Yo también hubiese aplaudido con mucho gusto pues sus clases eran magistrales, no sólo por su erudición, sino porque, a riesgo de equivocarme, creo que la historia y la política mexicanas estaban muy cerca del corazón del profesor Segovia; las clases de historia de Europa fueron igualmente buenas, pero sospecho que sin el entusiasmo y el gusto que sentía por la política mexicana.

Segovia fue sumamente generoso conmigo cuando ingresé como profesora al Centro de Estudios Internacionales. A su manera me dio la bienvenida y después disfruté de

innumerables comidas con él que se convertían en clases, sobre historia, política mexicana y política internacional, literatura y, también, sobre el Centro de Estudios Internacionales y El Colegio de México. La memoria prodigiosa de Segovia me permitió saber mucho del lugar al que había llegado a trabajar; anécdota tras anécdota fui conociendo y entendiendo su visión del Centro y del Colegio.

Segovia no sólo me recibió en el Centro: me abrió las puertas de su casa y su familia. ¿Quién podría olvidar las comidas en casa del profesor? Una comida exquisita cocinada por la señora Paul, vinos maravillosos y pláticas, en ocasiones, muy acaloradas. Pero siempre muy divertidas. Conocí entonces a sus hijas, Lucy y Clara. A Lorenzo no pues vive fuera de México y era difícil coincidir con él. Pero Lucy y Clara también tuvieron que recibirnos, y quizá aguantarnos. Con Lorenzo, Lucy y Clara han sido igualmente miembros del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio. Después vinieron los nietos: Pablo, Isabel y Jacinta, a quienes conocí de bebés. Ellos jugaban en el vestíbulo de la casa mientras nosotros comíamos o platicábamos.

Así pues, agradezco profundamente las puertas que me abrió el profesor Segovia: al conocimiento y la erudición, a la cultura, a la crítica, al CEI y El Colegio, y a lo más preciado para él, su familia. Tuve la suerte de que fuera profesor y colega; me siento muy afortunada. Muchas gracias.